

sordos oyen, los ciegos ven, los cojos andan, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados (1); porque he venido para que todos tengan vida, y vida mas abundante (2).»

Daros á conocer á Jesucristo: ved, Señores, lo que vengo á hacer en estos dias. Quiera Dios que logre mi deseo. Haced, oh mi Jesus, que yo no interrumpa jamás mi estudio acerca de Vos, que toda mi ocupacion sea conocer y hacer que os conozca el mundo, ese mundo que no os conoce, y que es enemigo de vuestro nombre, de vuestra doctrina, de vuestra Iglesia y de vuestros miembros. Que os conozcan los pecadores como el único en quien pueden encontrar la remision de sus pecados, su reconciliacion con Dios, la santificacion de su alma, y su salvacion. Que os conozcan los justos como al autor y principio de toda justicia, y como el fundamento y el sublime objeto de toda su devocion. Que os conozca el mundo todo como á su luz, como á verdad, camino y vida del género humano, como el alpha y omega (3), como la solucion de toda duda, el modelo de toda virtud, y la fuente de toda gracia, para que á imitacion del Apóstol no nos gloriemos de saber otra cosa que á Jesucristo crucificado (4). Esta ciencia será nuestra luz, nuestra esperanza, nuestra fortaleza en medio de nuestra miseria, nuestra paz en medio de la lucha, nuestro consuelo en medio de las penas, nuestra confianza en medio del abatimiento, nuestra victoria en los combates, nuestro remedio contra todos los males, nuestro refugio en la muerte, y el principio de nuestra eterna salvacion.

- (1) Matth. XI, 8.
 (2) Joann. X, 10.
 (3) Apoc. I, 8.
 (4) 1 Cor. II, 2.

SEGUNDO SERMON.

Jesucristo en el seno del Padre, Verbo de Dios,
 Criador de todas las cosas.

*In principio erat Verbum....
 et Deus erat Verbum.*

(Joann. I, 1.)

CONOCER á Jesucristo, os decia ayer, Señores, es un deber del hombre, y sobre todo del cristiano; es la ciencia que sobre cuanto hay en el mundo amaba San Pablo, poniendo en ella todos sus títulos de gloria, y que difundia por todo el orbe, cumpliendo la mision que le confiara Jesucristo, enviándole á llevar su nombre delante de las naciones, y los reyes, y los hijos de Israel (1). Es la ciencia que predicaba á todos los pueblos, aunque fuese un escándalo para los judíos, y una locura para los gentiles (2). Ella es el misterio de amor en que descubria la virtud, la fortaleza y la sabiduría de Dios (3), el tesoro inagotable de donde sacaba los argumentos necesarios para convertir á los idólatras, para confirmar á los

- (1) Act. IX, 15.
 (2) 1 Cor. I, 23.
 (3) Id. id., 24.

creyentes, para reducir á los extraviados, y para llevar el consuelo á los afligidos. Es el libro donde aprendia el modo de confundir á la filosofía pagana, de abatir el orgullo de los judíos, de instruir á los ignorantes, y de humillar á los pretendidos sábios. Con esta ciencia, en fin, santificó á los fieles, reformó los abusos, y convirtió á las naciones. Ella es la que ansiaba San Agustín, que sabiendo tanto no creía saber nada mientras no la poseyese, y exclamaba sin cesar: «Conózcate, Señor, á ti, y conózcame á mí (1). Ella es la que se llama ciencia de los Santos, la que da piedad al niño, candor á la doncella, paciencia al que sufre, esperanza al pecador, valor invencible al que lucha con sus pasiones, y la que hace del esclavo de los vicios un héroe en las virtudes, un gigante en la perfección.

Estudiémosla pues, hermanos míos, como la única necesaria para la felicidad verdadera. ¿Dónde la encontraremos? En la revelación, en las Sagradas Escrituras, que, según frase de San Agustín, no tienen otro objeto que dar á conocer á Jesucristo (2); en la doctrina de la Iglesia católica, depositaria de aquellas, y cuya autoridad divina las conserva incólumes, las explica, y enseña la fe que debemos darles, diciendo el mismo San Agustín: No creería yo en el Evangelio, si no me moviese á ello la autoridad de la Iglesia católica (3).

Jesucristo es el fin de la ley (4), y el principio del Evangelio, y á él miran uno y otro Testamento: el an-

(1) Noverim te, noverim me. (S. August., *De vita beata.*)

(2) Porro omnis pagina (Scripturarum) nihil aliud sonat quam Christum. (S. Aug., *Serm. 46 De Pastor. in Ezech.*, c. 34.)

(3) Ego Evangelium non crederem, nisi me Catholicæ Ecclesiæ commoveret auctoritas. (S. August., *Contr. Epist. fundam.*, c. 4.)

(4) Rom. X, 4.

tigo para figurarle, el nuevo para explicarle, como los Querubines que sobre el arca, enfrente uno de otro, miraban al propiciatorio (1), figura de Jesucristo, que es la propiciación por nuestros pecados (2). Alumbrados, pues, por la luz divina de la revelación, única que puede darnosla á conocer, entremos en el estudio de esa ciencia, cuyo primer capítulo nos lleva á la eternidad. Jesucristo en el seno del Padre: es su Hijo, su Verbo, Dios como él, Creador de todas las cosas y principio de toda felicidad.

PRIMERA PARTE.

Cuando los judíos vieron á Jesús entrando en Jerusalem entre cánticos y aclamaciones de gloria, preguntaban unos: ¿Quién es este? Es Jesús, el Profeta de Nazaret, respondían otros (3). ¿Y quién es Jesús? A esta pregunta, que no supieron contestar cumplidamente los judíos ni los gentiles, que deseando conocerle, pidieron al Apóstol Felipe que se lo mostrase (4), es á la que vamos á responder nosotros.

Para ello, Señores, para conocer á Jesucristo en toda la extensión de su grandeza y de su misión, no basta fijar los ojos con ternura en el niño que nace en Belén, ni en el joven que trabaja en Nazaret, ni en el hombre que recorre la Judea y muere en el Calvario. Es preciso

(1) Exod. XXXVII, 7.

(2) Rom. III, 25.—I Joann. II, 2.

(3) Matth. XXI, 11.

(4) Joann. XII, 21.